

sufro lo que me regala el Señor. Estoy muy confiado que me sacará bien de este pleito, y aunque no ha salido el expediente, te prevengo que ni en esto, ni en otra alguna cosa te impliques; ruega por ello á Dios y déjalo á su Providencia. Leí la de la Marquesa, bien la necesitaba y vino á buen tiempo. Se ha turbado, pero es dócil y se rinde,

Dime en que estado estás de compañero. Adios hijo amado, adios y no olvides á tu amadísimo Padre, que te desea Santo,

Fr. Francisco Javier González.

Nada hagas del encargo del F. Fernández porque no le conviene. ni tendrá remedio.

NOTAS

Lo más notable de esta carta son los documentos que da el santo Viejo á su hijo espiritual, sobre la conducta que ha de seguir en la corte, y como se ha de portar con la Princesa y las Damas. Qué consejos! solo un santo podría darlos así.

Veamos lo que el santo varón contesta á estas dos cartas de su Padre, dándole cuenta del viaje á Madrid.

†

J M. y J.

Madrid 14 de Marzo de 1783.

Amadísimo y venerado Padre de mi alma en el Señor: éste sea siempre con nosotros, para que en todo le agradecemos. Amen.

El dia 7 del corriente á la una fué Dios servido que llegase á esta corte, después de un largo y penoso viaje, que pude seguir la mayor parte á pié sin molestia, no obstante los fuertes y frios vientos que casi en todo él nos han seguido; porque el Señor me concede robusta salud y fuerzas sobre mi mérito: bendito sea de todas sus criaturas. No quiso su Majestad darme el consuelo de besar á usted la mano, y recibir su bendición para esta expedicion extraordinaria; me resigné en su santísima voluntad, y después de haber bajado de Ronda á Cádiz con gran prisa, vine á Moron con la misma, para desde allí encaminarnos acá. De Ronda fué Dios servido que saliese bien del asunto que usted sabe, aunque con algunos defectos hijos de mi genio, ó de mi demasiado amor propio. Por el camino no ha ocurrido cosa particular que sea digna de atención: he predicado en algunos pueblos al paso por condescender á las eficacísimas instancias de sus cabezas, etc. Mi constitución interior ha sido una notable insensibilidad ó como disipación no inquieta que me hacía mirar esta misión cual si no tuviese que hacerla: esta demasiada indiferencia ó abandono en que me veía, solía ocasionarme un no pequeño temor ó miedo

sobre mis aciertos y los frutos que produciría la predicación en esta córte: repetía actos de resignación, de fé y de esperanza, pidiendo únicamente á Dios me concediese llenar su santísima voluntad en cuanto hiciese, predicase y pensase; y una mañana viniendo andando apartado de los compañeros para tener la hora de oración que es de ley, se me vino proponiendo el método de vida abstraída, séria, devota y bien empleada que debía observar el tiempo que estuviere aquí, instrucción sufficientísima para mis aciertos, si yo fuese fiel á las inspiraciones que se me dieron. Así amargo, caído y sin aliento, seguí todo el viaje hasta la mañana del día en que llegué acá; en ella viniendo solo, y teniendo á la vista á Madrid, tomé por punto de meditación, por ser viernes, á Jesucristo mi Señor Crucificado en la palabra: *ecce filius tuus*: *ecce Mater tua*: apliqué á mí la necesidad de imitar las virtudes del Santo Evangelista que le hicieron acreedor á tanto beneficio, y volviéndome después al pueblo, me sentí llevado de un extraordinario deseo de la salvación de todos sus vecinos, con especialidad de los incrédulos, libertinos, etc. A esto sobrevino una humilde, generosa, confiadísima fuerza, para pedir su conversión, con tanto ímpetu, lágrimas y eficacia que no podía contenerme, faltando poco para dar gritos conque desahogar los sentimientos del corazón. Propuse á Nuestra Sma. Señora el *ecce filius tuus*, con iguales ímpetus de lágrimas; y con alguna menudencia hice en sus santísimas manos una total renuncia de mi voluntad, intereses, salud, vida, consuelos, etc., y me pareció con alguna interior certeza que nuestra Señora lo admitía todo, y guardaba en su sagrado pecho, como dando á entender ya que ad-

mitía mi renuncia, ya que estaban á su cargo mis aciertos, y ya que para el fruto de esta misión recurriese á la misma Santísima Virgen á quien Dios había especialmente concedido el remedio de este pueblo en la presente ocasión. Nada ví en todo esto; pero sí se me iba proponiendo con tanta seguridad que no me dejó arbitrio para dudar en ello: el rato en que sucedió esto no fué corto; repetía las propias instancias frecuentemente y siempre con gran fuerza interior, aunque no tanta como la referida. Se desvanecieron mis temores y se me dió una notable tranquilidad de espíritu con una generosidad tal, que me parecía tener ya convertida la córte en un dechado de religión y de piedad. No olvidaba en medio de esto cual debía ser la conducta y ejemplo de mi vida; y hablando yo conmigo, queriendo exhortarme á la oración en el nombre de Cristo mi Señor me dije: *Ora me mucho, Diego mio*: apenas lo dije, cuando sus efectos de humillación, etc., me hicieron parecer me hablaba de aquel modo Jesucristo mi Señor: le dí palabra de cumplirlo, y con esto llegamos al término de nuestro viaje.

Estaba dispuesta la misión para que se principiase la tarde del día 7, como en efecto así se hizo: mas desde luego que se empezó á tratar de esto, advertí que la ordinaria desolación en que siempre vivo creció á un extremo indecible: el interior fué ocupado de una nube ó tiniebla densísima, que me dejaba incapaz aun de pensar lo que había de predicar: la congoja y amargura era desmedida, y todo lo demás era consiguiente á esto. Resolví, por último, que el primer sermón fuese, una como homilia del capítulo 1.^o de Isaías, pero lo hice tan caído el interior, estéril de vo-

ces, falto de afectos, etc., que apenas podía hablar.

Del mismo modo estuve el día siguiente, bien que para mí quedaba muy recogido, y movido á devoción interior después de haber predicado. A este tiempo me trajeron una de usted de 26 del pasado, que creo incluyó á D. Lorenzo, y su lección me sirvió de repetir con mayor verdad los actos de resignación en la voluntad de Dios, aunque ésta fuese de que no se lograra el fruto que tan de corazón deseo. Este se avivó bastante, junto con el de aceptar en todo, y no separarme un ápice del querer de Dios y de la observancia de la doctrina que usted me dá y mi alma tanto apetece. Sigo en los mismos términos de interior obscurísima desolación, aunque algo más esforzado en la predicación en la que los actos de contrición son como efectos de la amarga situación en que me hallo: el Señor haga en mí su santísima voluntad. He dado principio á tratar de la Fé, su necesidad y modo de creer, haciendo presente el gran beneficio que Dios en esto nos ha hecho; pensaba seguir proponiendo sus pecados opuestos y *el testimonio tua credibilia facta sunt nimis*; cuando me escribe un amigo, el Sr. Visitador de este Arzobispado, múde de sistema, porque empieza ya á notarse esto, y que será bien lo reparta en las tres misiones ó semanas que han de hacerse aquí: tomé el consejo, y desde ayer empecé á proponer las obligaciones del cristiano *quoad mores* por la profesión del bautismo etc. Los concursos son grandes y de gentes de la primera distinción, Eclesiásticos, Grandes, Ministros, Consejeros etc., mas me parece no les llena tanto, como esperaban, por el concepto que tenían formado etc. De esto y lo de-

más me desentiendo, repitiendo al Señor. *Ego gloriam meam non quaero*. No confieso á persona alguna: no hablo con mujeres aunque me llamen y sean de la mayor distinción, y en esto procuro hacer lo que usted me manda.

Viéndome así he dispuesto hacer las comunes mortificaciones de dormir sobre las tablas, usar los tres cilicios mientras la predicación, uno de ellos bien grande: traer un largo rato á la mañana la pipa de Covadonga en la boca, y á la disciplina diaria añadir segunda, ya para suplir las que en este tiempo del viaje han faltado, y ya para ofrecer esta bagatela á mi Señor Crucificado para el fin de lo que á mayor gloria suya deseo: los tres días que en la semana la tenemos de comunidad suelen ser tres las que hago. Ayuno sin trabajo; por la mañana no uso la cadena, porque me parece estoy algo amenazado de los dolorcillos cólicos; dedico á la oración los ratos que puedo, pero me domina mucho el sueño, no obstante que duermo lo que acostumbro.

En los asuntos del P. Eusebio nada digo, porque ni puedo remediarlo, ni es asunto para escrito; yo digo á V. ahora lo que siempre le he callado, que vivo bastantemente mortificado, porque no me acomodan todas sus cosas: me hallo tan oprimido, que casi no acierto á hablar en su presencia, no porque me lo impida, si porque veo le desazona cualquier cosa mía, especialmente en punto de método ó cosa que haya que resolver etc. Usted no diga tampoco al P. Definidor que se encargue de sus veces etc., hasta que pueda yo hablar con usted. Deme usted su bendición, Padre de mi alma y pida al Señor eficazmente por el que le ruega guarde á usted muchos años en su santo amor y

gracia, que es de usted su menor hijo que en Dios de corazón le ama

Fr. Diego J. de Cádiz.

NOTAS

Es admirable lo que el Beato Diego cuenta en esta carta con humildad profundísima acerca de los favores que recibió de Jesucristo y de su Madre dolorida, cuando iba camino de la Corte. Sobre todo, aquella expresión *órame mucho*, Diego mío, no debemos olvidarla los predicadores.

¿Y los sentimientos de su corazón á vista de Madrid? Verdaderamente eran sentimientos de Apóstol. Y para que nada de Apóstol le faltara, tuvo con su compañero algo parecido á lo de S. Pablo con S. Bernabé, como indica al fin de la carta.

Sevilla Marzo 19 de 1793.

†

J. M. y J.

Sean en tu corazón y labios para que anuncies á gloria de Dios y reformation de esa Corte el Santo Evangelio. Amén.

Mi amadísimo Fr. Diego: recibí con deseo la tuya de 14 y admiro la misericordia verdaderamente singular con que Dios te previene y prepara, y la débil fé con que la usas. Sí, sí, ahí te ha llevado el Señor para que le conozcan y se conozcan los que engreídos con el esplendor de la Corte, olvidan ó descuidan su conversión y se ignoran. La Santísima Madre de Dios y de ellos es la protectora de esa misión; una y otro te avisa y enseña lo que debes esperar; y cuando llega el caso de obrar, caes de ánimo, te rindes á sugestiones de tu amor propio, quieres agradar, sientes que no agradas, se amarga tu interior y desalientas. Ah ruin desconfiado! qué apocamiento es este? Fr. Diego! si Dios en tí y por tí es el misionero de Madrid; si la Madre amabilísima es tu protectora y está empeñada en los copiosos frutos de la misión, es de tu cargo solo lo material de ella. ¿Qué otra cosa te toca sino unirte interiormente á la voluntad del que te envía, acogerte á la Madre que te alienta, irte al público, predicar, exhortar y dejar á cargo del Señor los efectos?

Ora, Fr. Diego mío; escóndete, huye, niégate, sepárate en cuanto puedas, pórtate seriamente afable, dulce, afectivo, en trato y púlpito, pero al mismo tiempo con circunspección y aprecio del ministerio, y no dudes que nunca lo desempeñas mejor que cuando te pare-

ce que no cumples. Si no buscas (ni debes) tu estimación; si no pretendes (ni debes) agradar á los hombres, sino ser fiel ministro de Jesucristo, cuya honra y gloria quiere que ocupe y llene todos tus deseos; arrójate con fiadamente á todas las funciones de tu cargo, que al del que se quiere servir de ti está todo, y al tuyo sólo servirle. Yo te lo aseguro y te lo repito, Fr. Diego mio: Ora y predica; que tú predicarás, si oras. Ora á la Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra. Clámale como hijo; llévala en tu corazón cuando subas á predicar, y se te endulzarán las amarguras y se fortalecerán los desalientos con que subes. Aléntate, hijo de mi alma, que ya llega ó va á llegar la importantísima reforma de la Corte, que tan poderosamente influirá en la de todo el Reino. Tú has ido á eso. Qué temes? qué te acobarda, si no vas solo, sino enviado? Te mando procedas con viva fe de esta verdad; te mando que esperes con la mayor confianza que será así. Te mando que desde el abismo de tu nada, reconozcas que con un Dios que te conforta con su poderosa virtud todo lo puedes y todo lo podrás, más que el infierno y mil se te opongan.

Bien veo que el misionero debe, para dar esfuerzo á sus doctrinas y evitar su perdición, debe castigar su cuerpo; pero en cuanto á cilicio tan frecuente, quiero alguna moderación, la que prudentemente juzgues para no inutilizarte con los cilicios. Apruebo que no hagas seguidamente materia de la misión la de la fé, porque para combatir á los incrédulos y libertinos, más vigorosamente lo harás, si les pintas la hermosura de la virtud y fealdad del vicio.

En cuanto al P. Eusebio, procura disimular y hacer tú lo que más convenga, que en viéndonos se resolverá lo que proceda: has hecho mal ocultándome hasta ahora lo que ahora me insinuas, porque estuviera ya

remediado. Escríbeme cuando puedas, porque estoy siempre deseando ver como te portas y frecuentemente rogando por tí y llenándote de bendiciones, para que llenes tu obligación. Sigo con mi debil salud; pero ayuno, como en el Refectorio, voy á clase y sigo mis tareas, llevando con resignación los atrasos que me hace sufrir la detención del expediente que espero del Consejo y no acaba de llegar. Ni en esto tomes prendas, porque qui Christo militat, ni en esto es razón que se implique. Saluda al P. Eusebio, y te saludan los que aquí te conocen: á nuestro D. Lorenzo pienso escribir y que el Sr. Chacón prevenga al P. lo que convenga haga, para evitar reparos. Me dicen que has elegido para confesor al R. P. Definidor Fr. Hermosilla, y me alegro, siendo el sujeto que me informan. Ruega por tu amantísimo Padre que te conoce como Dios sabe.

Fr. Francisco Javier González.

NOTAS

Es tan notable toda esta carta que de ella solo puedo decir, para gloria de su autor, que aparece á mis ojos cada vez más Padre, más director y más santo, de suerte que si no fuera irreverencia le aplicaría lo de San Lucas á Jesucristo; *Proficiebat aetate, sapientia, etc.* Lo mismo le pasaba á su dirigido, según nos cuenta en la siguiente.

†
J. M. y J.

Madrid 18 de Abril de 1783.

Amadísimo y venerado Padre mío en el Señor: éste sea siempre con nosotros.

He recibido las dos muy apreciables de usted con los efectos de dilatación, resignación en la divina voluntad y segura esperanza de ver sus misericordias con este pueblo en la presente ocasión, como usted me lo previene. Conozco la especial asistencia con que Dios me ha favorecido, así para no perder esta confianza, como para conservarme en una grande indeferencia y resignación con que me hacía no apetecer otra cosa que cumplir su santísima voluntad, aunque esta fuese de que me volviese á la Andalucía sin conseguir fruto alguno. Este no dejaba de apetecerlo: y al ver se pasaba el tiempo sin que se presentase alguno, temia que por mis horrendas ingratitudes (que usted bien sabe) negase Dios tanto bien á este pueblo. Así he seguido predicando con pequeños intervalos en la interior desolación, con que di principio, aunque con alguna mayor serenidad y eficacia, especialmente en la tercera última semana en que se dejó ver el Señor por sus efectos, en el modo con que concurrían las gentes á oír su divina palabra. Esta última semana fué en el convento de los PP. Carmelitas descalzos: subí al púlpito la primera tarde de ella bien amargo, porque no acertaba á proponer el asunto que había pensado; pero apenas levanté los ojos al altar mayor, y ví la Imagen de Nuestra Señora del Carmen

que estaba descubierta, me acordé de lo que me sucedió por el camino; le encomendé de nuevo la misión, le pedí su asistencia etc., y me pareció haber admitido la súplica, según la grande confianza que me infundió y el aliento con que empecé, seguí y acabé aquel sermón. En los demás conocí también el favor de la Sma. Señora, porque yendo en muchos de ellos lleno de confusiones etc., hablaba con oportunidad y no pequeño esfuerzo: los asuntos he procurado sean para gente de córte; he hablado mucho contra la incredulidad y he predicado varios sermones directamente á este solo intento; los que no obstante de haberlos producido con bastante ardor, pero sin descender á puntos particulares, han sido muy bien recibidos. Los concursos han sido según permiten las Iglesias; pero se han compuesto de la grandeza, el clero, gran número de religiosos, consejeros, inquisidores, militares, títulos y demás gente lucida de la Corte.

Acabóse la misión al público y me destinó S. E. el Sr. Arzobispo á las Religiosas y á las cárceles para hacerles pláticas reservadas como lo estoy practicando. He vivido con el desconsuelo de no ver fruto alguno de aquel que buscamos; pero sin turbarme por ello; hasta que la tarde del día 15, volviendo de predicar en una cárcel encontré en la puerta, del convento una Sra. Exma. medio disfrazada que pretendía hablarme. Esta me aseguró que toda la grandeza estaba sumamente movida de la predicación y deseosa de confesar, ó al menos de hablarme para disponer el arreglo de sus vidas; que las que más lo deseaban eran las que hasta ahora han sido el escándalo de la Corte y aún del Reino; que este fruto se perdía por no darles yo audiencia, pues clamaban con lágrimas de su corazón por su re-

medio, al ver la infinita fuerza que les había hecho la palabra del Señor: que el último día que fué el 7 del corriente por la mañana en que hicimos el aniversario por los fieles difuntos y prediqué un sermón tierno y devoto había sido tanta la conmoción que llorando todas las Señoras se decían: Por qué no hemos de hablar con este Padre que nos ha enviado Dios para nuestro remedio? Si queremos arreglarnos á lo que nos dice y nos hace infinita fuerza, ¿porque nos han de quitar este bien? Para qué lo han traído? etc. Al fin amadísimo Padre de mi alma, yo entiendo por el informe de esta Señora que todo el Señorío es nuestro, entrando los hombres, aún aquellos más disolutos é infestados con los errores del siglo. He creído esto, porque supe después que la Excma. Señora que vino á hablarme para solicitar su remedio, ha sido hasta ahora escandalosísima en la Corte; y su marido gran libertino (también reducido) me señaló varios sujetos de los que pretendían lo mismo, entre ellos á la Duquesita de Alba, cuyos desafueros son notorios en esas Andalucías, etc., y la Sra. Condesa de Bobadilla que hace 20 años ó más que sigue pleito de nulidad con el Conde su marido, y dijo haría lo que yo le dijese. etc. He citado á usted estas, para que infiera lo que será en lo poco que pudo decirme la Señora. Yo me ofrecí á buscar proporción de oirlas algún rato y estoy en eso, si puedo conseguirlo; pues el Sr. Arzobispo y otros sujetos que miran mucho por mí, al ver tales criaturas así movidas, les quieren franquear y franquean cuantos arbitrios haya, para que me traten, etc. No es para dicho, Padre mío, la novedad que ha causado y causa á las gentes el ver á tales personas que no acostumbraban oír ningún sermón, concurrir con empeño

á oirme cuantos más podían, aún siendo á la hora incómoda de las 4 de la tarde, en que para estar con tiempo, necesitaban tal vez irse desde la mesa á la Iglesia. Ignoro en lo que esto vendrá á parar: sí sé, que viendo no me detengo aquí y las dificultades que hallan para que las oiga, piensan algunas de estas señoras pasar á Alcalá de Henares, donde voy á tener ocho días de misión, para lo que hacemos animo de salir de aquí el 24 ó 25 del corriente. De lo demás nada puedo decir á usted sobre si nos detendremos, ó si de orden del Rey N. S., pasaremos á otra parte; pues, aunque ya está aquí, no le hemos aun B. L. M. ni á las personas reales; de consiguiente nada tenemos de la Princesa Ntra. Señora. El embajador de Rusia no ha parecido, aunque está aquí; Dios lo asista y haga suyo: la otra Señora que dije á usted el año pasado, sigue á pasos largos el camino de la perfección cristiana, etc. No he predicado á los Tribunales, ni al Clero, ni lo he solicitado, porque creo no debo hacer más de lo que me manden para poder hablar con libertad religiosa; el Señor haga en mí su santísima voluntad.

Mi interior, Padre mio, ha estado y sigue disipadísimo, lleno de tibieza, omisiones y faltas; no sé como no me abandona el Señor, ó no acaba conmigo. La oración es distraidísima, me grava siempre el sueño, me arrastra la desidia, caimiento y desgano: nada hago de actos de virtud interior ni exteriormente: tengo infinitas faltas en cuanto hago, y todo yo soy una pura miseria y un abismo de maldad. No acierto á explicar lo que soy, porque dominado de mis pasiones no encuentro una sola respiración sin defecto: tanto las he dejado señorearse de mí, que ni aun deseo sensible tengo de mi reforma ó remedio: conozco que

solo la proporción es la que me falta para caer en mil pecados, y me parece que si la hubiese. sería el más desenfrenado; esto no es más que exponerlo á usted como material y realmente me sucede. El alma conoce la necesidad que tiene de su remedio, y solo con un deseo especulativo lo apetece y lo pide. Repito, Padre mio, que no puedo dar á entender la infeliz situación en que me hallo: yo me persuado ó me temo si será aquel terrible castigo que sigue á la porfiada resistencia que hace un alma á la gracia con que Dios repetidas veces la llama; veo que es justo, pero aun esto me deja en una tan notable insensibilidad ó viciosa indiferencia, que sin moverme me llama bastante la atención. Justo es Dios y rectos son sus juicios; haga en mí su santísima voluntad.

Si no tenemos orden en contra, pensamos salir el dia citado para Alcalá de Henares; de allí á Zamora y Toro, y dudamos si nos harán llegar á Segovia y á Salamanca, para tener una semana de misión en cada parte. De todo avisaré á usted como pueda; mas ahora no me responda usted, hasta saber lo cierto de mi destino. Siento que su salud de usted se halle tan quebrantada; su Majestad nos oiga y conceda, si conviene, lo que le pedimos; yo sigo sin especial quebranto, aunque la cabeza se queja mucho de incendios continuos, etc. Siempre soy de usted, lo es mi alma y mi corazón, aunque más insensible que un muerto; mande usted lo que quiera, y pida á Dios, por quien sin cesar le ruega me guarde á usted muchos años en su santo amor y gracia, como lo desea este de usted su menor y más afmo. hijo que en Dios lo ama y S. P. B.

Fr. Diego J. de Cádiz.

NOTAS

¿Qué vemos en esta carta, si bien se considera? Otro Apóstol de las gentes, tan pronto elevado al tercer cielo, como quejándose de su miseria y de que el *stimulus carnis* lo afrenta y confunde. O caminos del Señor! Cuan admirables sois! Sin ese lastre de tentaciones, tal vez hubiera penetrado el engreimiento y la vanidad en el corazón de Fr. Diego, y nos hubieramos quedado sin un Apóstol. Benditas tentaciones que tan importante papel juegan en los designios de Dios y en la vida interior de sus santos!

En la siguiente cuenta el Beato su vuelta á la Andalucía y las causas que al parecer la motivaron.